

obispo de Aretusa, que se negó á reedificar un santuario derribado por los cristianos, ó á suministrar el dinero necesario para su reconstrucción, hubo de sufrir indignos ultrajes; en Heliópolis perecieron muchos fieles; en Bostra hubo muchos motines y en Cesarea de Capadocia no pocas ejecuciones: los cristianos de la ciudad, por provocación directa al emperador, destruyeron el último templo donde los paganos pudieran orar, y el emperador tuvo que asentarles la mano. Otros, en Frigia, rompieron las estatuas de los dioses en el mismo lugar sagrado, y tres de ellos fueron castigados de muerte. Los cristianos hicieron mártires de estos ejecutados, y acaso lo fueron; pero los paganos no podían ver en ellos más que culpables legalmente condenados.

Las sectas cristianas que habían padecido bajo el poder de Constancio, los donatistas en Africa y los novacianos en el Asia Menor, quisieron entrar en posesión de sus iglesias, así como los paganos recobraban sus templos. Estas competencias rivales todavía aumentaron la confusión, y lo extraño es que no fueran mayores los excesos, en medio de tantas pasiones excitadas por los esfuerzos contrarios de las dos religiones.

Nacidos súbitamente, como tantas conmociones populares, no podían ser previstos estos desórdenes á causa de la insuficiencia de la policía local, y Juliano, que en todos sus escritos atestigua sus deseos de paz (1), fué su autor involuntario. Hubiera querido restaurar poco á poco el pasado, que no se restaura jamás, y se produjeron escenas que hacen pensar en las tristes hazañas de que fueron teatro algunas de nuestras provincias hace menos de setenta años. Por lo mismo que el gobierno había vuelto al paganismo, parecía autorizar violencias que los emperadores cristianos habían permitido ó mandado; y los paganos, en las ciudades en que se creyeron más fuertes, se vengaron de sus largas humillaciones: es la ley inevitable y fatal de las reacciones históricas.

Hay, pues, que hablar, no de persecuciones, sino de medidas imprudentes y de palabras duras en que lugartenientes demasiado celosos vieron deseos de dejar que se consumara lo que les convenía considerar como una expiación legítima (2).

(1) En el *Misopogon*, § 22, habla «del odio que se desencadena contra los impíos (los cristianos), mucho mayor de lo que yo había querido»; y en el § 27, recordando los favores concedidos por él á los habitantes de Antioquia, dice: «Por lo que respecta á un cierto Cristo, os he hecho todas las concesiones que podáis esperar de un príncipe que sólo quiere el bien de los hombres.» Sin embargo, Sozómenes (V, 9) le acusa de haber vituperado al gobernador de Gaza, que había querido castigar á los promovedores de un tumulto sangriento, y veremos que no castigó en Alejandría el asesinato del obispo Jorge.

(2) Mr. Rendall, que ha examinado uno de los hechos calificados por los autores cristianos de actos de persecución, termina su estudio con estas palabras: «On judicial survey of the whole evidence in array it is just of conclude: 1.º that no organised or widespread persecution prevailed during Julian's reign; 2.º that the sporadic instances which occurred were in almost every case provoked, and in part excused, by aggressive acts of Christians; 3.º that, while culpably condoning some Pagan excesses, the Emperor steadily set his face against persecution; 4.º that he never authorised any execution on the ground of religion; that, where his conduct amounted to persecution he did not abjure but set a strained interpretation on the laxus of toleration which he professed.» (Op. cit., p. 202.) Naville (op. laud., p. 167) es de la misma opinión. «Debe reconocerse, dice, que este reinado respetó, como ningún otro, la libertad religiosa.» San Jerónimo había dicho en su *Crónica*: *Blanda persecutio illiciens magis quam impellens ad sacrificandum*. Otro autor eclesiástico, Sócrates, dice claramente (*Historia eclesiástica*, III, 12) que Juliano se abstuvo de someter á los cristianos á la tortura y á los suplicios; y Gregorio de Nacianzo añade que esta persecución fué tan corto y débil asalto del demonio. San Crisóstomo

Las provincias occidentales fueron, al parecer, olvidadas en la lucha religiosa; á lo menos, no se registra por esta parte ninguna agitación, á no ser la que suscitó en Galia Hilario de Poitiers para hacer triunfar el símbolo de Nicea del credo de Rímini. El Oriente, donde se había debatido tan vivamente la cuestión del arrianismo, pareció á Juliano la gran fortaleza cristiana, y pensó que, destruída ésta, se derrumbaría lo demás.

Juliano se las había con otros más fuertes que él, como quiera que ya habían puesto manos á la obra, ó habían nacido ya para el mismo heroico empeño, los poderosos teólogos que destruyeron el mundo antiguo y comenzaron á construir el nuevo edificio social: Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, Cirilo, Crisóstomo, Ambrosio, Hilario de Poitiers, Jerónimo y Agustín. Los hombres superiores que la naturaleza formaba todavía, se pasaban al cristianismo; estos discípulos de Platón y de Porfirio habían encontrado en el Evangelio un Dios vivo, que explicaba para ellos las abstracciones alejandrinas y les permitía subir, por encima de las hipótesis de la filosofía, á las contemplaciones de la fe.

La historia de los grandes doctores del siglo IV muestra la influencia que la Iglesia ejercía hasta en las altas condiciones sociales por su doctrina de desprendimiento ó desapego de la tierra. Ambrosio cambia un gran cargo civil por el episcopado; el consular Paulino se deja consagrar obispo de Nola; Crisóstomo, hijo de un maestro de la caballería, huye en el desierto de las grandezas que le prometía su ilustre alcurnia; Basilio, que también hubiera podido aspirar á los más altos honores, vende sus bienes, los distribuye á los pobres y abraza la vida cenobítica, estableciendo la regla que siguen aún algunos monasterios de Oriente; Gregorio, hijo de un obispo, á quien sucederá en su silla, obtiene de su hermano, médico de Juliano y muy estimado del príncipe, que rechace la dignidad senatorial y la fortuna para conservar pura su fe.

¿Qué importaba á aquellos nobles espíritus, herederos de toda la gracia del genio griego, el edicto que retiraba á los cristianos el derecho de enseñar? El emperador podía cerrar las escuelas; sus cartas, sus discursos y sus versos, que se leían en todas partes, crearon una literatura nueva, llena de vida y de esplendor, que tenía para las almas seducciones muy distintas de los eternos comentarios de los retóricos sobre el viejo Homero, flores marchitas ahora sin perfume ni color. La Iglesia comenzaba á tomar el gobierno moral del mundo, y Juliano no se lo podía disputar con su vieja ciencia y sus dioses helados por el frío del sepulcro.

«Para nosotros,—decía,—la elocuencia y las artes de la Grecia; para vosotros la ignorancia y la rusticidad.» Y Gregorio de Nacianzo le contesta: «Yo os abandono las riquezas, la gloria, la autoridad y todos los bienes de este mundo; pero la elocuencia no, que es nuestra.»

Y de ellos era en efecto. Escuchad á Basilio describiendo el retiro donde su genio poético vivía con la naturaleza y con Dios:

«Mi albergue está en la cima de una montaña cubierta de espeso bosque, y donde brotan y fluyen aguas límpidas y frescas, cuyo cristal se rompe chocando con las rocas y cae en cascadas formando luego un torrente que me asegura copioso alimento con sus peces. Desde allí contemplo el valle extendido á mis pies, más bello que jamás lo fuera la isla de Calipso, y todo lleno de flores y gorjeos de pájaros.

sólo habla de maestros de escuela expulsados y de médicos y soldados despedidos; en fin, Bossuet juzga que su gobierno fué equitativo (*Discurso sobre la Hist. univ.*, I.ª parte, cap. XI).

«Allí encuentro el más dulce de los bienes, la tranquilidad; no oigo ya el ruido de las ciudades ni veo más que cazadores que van á mezclarse con nosotros, porque tenemos también los animales del bosque, no los osos y lobos de vuestras montañas, sino ciervos, liebres y cabras monteses. Este es el asilo en que quiero permanecer, como Alcmeon se detuvo cuando hubo encontrado, en fin, las islas Equinades.»

De esta risueña naturaleza se elevaba su alma sin esfuerzo hacia el Ser que la había creado. Era dado á contemplar las estrellas, «esas flores con que la mano de Dios ha sembrado el espacio infinito;» y exclamaba: «Si las cosas visibles tienen tal belleza, ¿qué serán las invisibles? Si el sol, con ser perecedero, lo embellece todo con su luz, ¿qué será el sol de la justicia divina (1)?»

En su *Hexamerón* ó explicación de los seis días del Génesis y en sus *Homilias* sobre los salmos, el soplo que viene de la Grecia se mezcla con el que desciende de los montes de Galilea, y algunas cartas suyas tienen la gracia ática. «Cada cosa tiene su tiempo, escribe á un amigo: la flor en la primavera, la granada espiga en el estío; los frutos en el otoño; los frutos del invierno son las pláticas.»

Basilio, en orden cronológico, el primero de los grandes oradores cristianos, impregnaba de poesía su elocuencia; su amigo Gregorio de Nacianzo dió á algunos de sus muchos versos (2) una melancolía tan dulce que no era de aquella edad, entregada á las pasiones violentas.

«¡Oh alma mía! exclama, ¿de dónde vienes? ¿Quién te ha encargado llevar un cadáver? Hombre hoy, no seré sino polvo muy en breve. Si eres algo celestial, dímelo, alma mía. Un hombre llora por su patria, devastada por la guerra; otro sobre las ruinas de su casa, quemada por el fuego del cielo; la doncella aun vestida con sus galas nupciales gime, traspasada de dolor, ante el cuerpo inanimado de su prometido; la madre que acaba de perder á su hijo adolescente, conoce dolores más vivos que los del parto. ¿Qué dolor, alma mía, qué dolor será digno de tu pérdida?»

«Dejaré la gloria de la elocuencia, el orgullo del rango, los placeres, las riquezas; dejaré la luz del día y de los astros, brillante corona de la tierra; y con la cabeza ceñida de cintas me pondrán en un lecho fúnebre, y luego en la piedra sepulcral, á esperar la destrucción. Pero no, no es esto lo que inquieta y turba al alma mía; yo no tiemblo sino ante la justicia de Dios.»

Y así continúa buen espacio, hasta que al fin se sobrepone á sus incertidumbres y renace á la esperanza, y añade abrazándose á ella:

«Ahora las tinieblas; muy pronto la luz de la verdad, y entonces, ¡oh alma mía! contemplando á Dios conocerás todas las cosas.»

Como valientes soldados que se apoderan de las armas de sus enemigos y las manejan mejor que ellos, así Basilio y Gregorio seducían con el encanto de su lenguaje hasta al más famoso de los retóricos de aquel tiempo, á Libanio, que había sido uno de sus maestros y fué siempre amigo de ellos.

Nombrado Basilio en 369 arzobispo de Cesarea en Capadocia, todavía enviaba á Libanio jóvenes de esta provin-

(1) Gregorio fué á visitar á su amigo á su gracioso retiro en 360.
(2) Se han contado más de treinta mil, es decir, que se encuentra más prosa que poesía. Los Padres griegos del cuarto siglo, á veces tan elocuentes, tienen de suyo inagotable facundia. Discípulos en su mayoría de Libanio ó de Himerio, habían conservado de la enseñanza de los retóricos el abuso de las comparaciones y de las figuras con un resto de énfasis oriental. Pero como una poderosa realidad los sostenía, su retórica, demasiado cargada de colores, era con frecuencia el adorno de las ideas elevadas y brillantes.

cia, y le decía: «He leído tu discurso, ¡oh el más sabio de los hombres! y lo he admirado grandemente. ¡Oh musas! ¡oh elocuencia! ¡oh Atenas! ¡qué presente hacéis á los que os aman!»

Estos discípulos cristianos de Platón y de Homero tomaban posesión de una mitad del dominio del arte, y sus escritos, que probablemente contribuyeron á salvar del naufragio parte de las letras antiguas, continuaron defendiendo lo que nos queda de ellas contra los que se deslumbraban con demasiada luz.

Los fragmentos que hemos transcrito no presentan sino una faz de su genio, la que nos importaba mostrar, para que se viera que se había abierto una nueva fuente de poesía, y que el decreto de Juliano sobre las escuelas había sido una doble falta, como quiera que, sobre injusto, fué también inútil.

No hay para qué hablar aquí de las obras que han valido á Gregorio el sobrenombre de *Teólogo*; pero estamos obligados á decir que aquel obispo de genio inquieto é irascible, de índole poética delicada y nerviosa, sufrió más que cualquier otro á la vuelta ofensiva del enemigo que los cristianos creían haber derribado; y que sus *Invectivas* apasionadas contra Juliano, sus versos contra los Padres del concilio de Constantinopla, tienen el carácter de arrebatado que la polémica religiosa había tomado ya y ha conservado.

San Efrén conoció á San Basilio, pero no tiene nada de la Grecia, ni la lengua ni las ideas; todo lo tiene de la Biblia y de la naturaleza oriental. Escribe y habla en siríaco; es un profeta de Israel renacido en su persona, pero un profeta del Evangelio, reemplazando la cólera y el odio con la mansedumbre y la caridad. Tiene la fecunda imaginación de los narradores del Oriente y las refinadas formas de la poesía árabe.

Sus versos se repetían desde el litoral mediterráneo hasta las montañas pérsicas; mucho tiempo después de él se cantaban todavía y algunos se recitan acaso en las ceremonias fúnebres de los valles del Líbano (3). San Efrén representa la poesía popular completando con la imaginación dramática ó tierna la severa obra de los teólogos, y empleando las dos mayores fuerzas del cristianismo, el amor y la caridad, para unir las almas divididas ó separadas por las disputas de los sínodos y las contiendas de los doctores (4).

Aquel sirio iluminado, aquel poeta, que no había conocido á Atenas, celebra sin embargo, como los Basilio y los Gregorios, la ciencia, y aun la ciencia profana. «¡Oh hombre! dice, lee con aplicación los libros para aprender en ellos la sabiduría. La ciencia teje una corona á los que la aman y los hace sentar en un trono de rey.»

Sinesio, aquel singular obispo, amigo afectísimo de Hipatia, conservó grande cultura pagana é hizo muchos versos; pero pertenece á la generación que reemplazó á la de Juliano.

(3) Quisiéramos poder citar la extensa pero bellísima *Lamentación* que M. Dabas ha traducido en su *Memoria sobre algunas poesías de San Efrén*. La narración hecha por Efrén de su encuentro con Basilio muestra en él al *vidente*, cuyos recuerdos se transforman en voces que ha oído y en apariciones que ha visto. «Cuando me encontraba en Capadocia, me dijo una voz: Levántate, Efrén, y ve á comer pensamientos.—¿Y dónde los encontraré, Señor?—Ve á mi casa y verás allí un vaso real βασιλευς, juego de palabras sobre el nombre de Basilio) lleno del alimento que te conviene.» Efrén se dirigió á la iglesia. Desde el vestíbulo vió á un sacerdote hablando con el pueblo y en su hombro había una paloma que le decía al oído lo que él repetía, etc.

(4) Gregorio Nacianceno no estaba por los sínodos demasiado frecuentes; el santo juzgaba y aun decía que de semejantes discusiones nacían las herejías.

El que debía ocupar el primer lugar á la cabeza de los Padres griegos del siglo cuarto, por su melodiosa palabra y su ardiente elocuencia, San Juan Crisóstomo, había nacido ya (1) pero aun no había escrito nada. Ya, sin embargo, se hubiera retirado á la soledad sin las lágrimas de Antusa, su madre, que habiéndose quedado viuda á los veinte años, no quiso volver á casarse por consagrarse enteramente á su hijo.

«Cuando supo mi resolución,—refiere Crisóstomo,—me condujo á su aposento y me hizo sentar junto al lecho en que me había dado á luz.—Hijo mío, me dijo, mi único consuelo ha sido contemplar en tu rostro las facciones del hombre que perdí. Te pido una gracia: no me dejes viuda segunda vez; espera á mi muerte. Cuando me hayas sepultado, cuando hayas reunido mis cenizas con las de tu padre, emprende entonces largos viajes, pasa los mares que quieras; pero mientras yo respire soporta mi presencia (2).»
¡Dulces y tiernas palabras de una madre, que como muchas mujeres cristianas de aquel tiempo, había ejercido sobre el ánimo de su hijo una piadosa influencia! pero aquella creía que la salvación puede conciliarse con el cumplimiento de los deberes domésticos.

Una religión que enseñaba un Dios nacido del seno de una virgen; que representaba á las santas mujeres pendientes de los labios del Salvador, siguiéndole hasta el Calvario, anunciando su resurrección, había penetrado desde luego en el corazón de aquellas que hizo la naturaleza para amar. En el tiempo de las persecuciones las mujeres habían dado mártires á la fe; ahora le daban apóstoles. Macrina, hermana de San Basilio y cristiana fervorosa, arrancó á su otro hermano, Gregorio de Niza, á Platón y lo condujo á Cristo. Nona, la madre de Gregorio Nacianceno, para convertir á su esposo, de día le recitaba las parábolas del Evangelio y de noche arrullaba su sueño con los cánticos sagrados, á fin de suscitar en su espíritu piadosas visiones.

¡Y cuántas nobles matronas no se ven animadas del santo celo de Mónica, madre de San Agustín; de Fabiola, cuyas riquezas sirvieron para fundar un hospicio; de Marcela y de Felicitas, las correspondientes de San Jerónimo; de Demetrida, la más opulenta heredera de Roma, que se encerró en un convento de Cartago; de la piadosa Eustoquia y de su madre Paula, aquella hija de los Escipiones y de los Gracos, que prefiriendo Belén á la ciudad eterna, trocó el oro de sus galas por una cabaña de Judea (3)?»

Otros operarios trabajaban en la propaganda cristiana. Condenando la carne el cristianismo, condenaba la vida á no ser más que una preparación para la muerte. Esta doctrina hizo los monjes (4). Mientras los hombres de gobierno

(1) Fijase su nacimiento en 14 de enero de 347. Como Basilio y Gregorio, fué discípulo de Libanio, que en su lecho de muerte había dicho: «Habrá dejado mi escuela á Juan si los cristianos no nos lo hubieran quitado» (Sozómenes, VIII, 2). De él se dirá: «Más valdría que el sol perdiera sus rayos que Crisóstomo sus palabras.» Su nombre significa boca de oro.

(2) En su tratado περὶ Ἐρωδωδωγῆς, I, 2. Crisóstomo tuvo, como los dos Gregorios, un episcopado turbado (398-403). Arrebatos de palabra provocaron su deposición de la silla de Constantinopla y su destierro á rudos climas, donde encontró la muerte. Sufrió, sin embargo, por una causa justa: se negó á condenar la memoria de Orígenes, y estaba lleno de mansedumbre para con los herejes, admitiendo que se combatieran las doctrinas, pero no las personas.

(3) San Jerónimo da á Paula este ilustre origen; pero como la llama también: *Agamemnonis inclita proles*, puede dudarse de la primera descendencia. Los conventos de mujeres se multiplicaban ya. San Ambrosio escribió en 377 sus tres libros sobre la virginidad. Su hermana, como la hija de Paula, se consagró al Señor.

(4) Sobre los monjes y eremitas paganos y judíos, véase la monografía del *Serapeum de Menfis*, de M. Brunet de Presles. El antiguo Egipto había tenido también santas vírgenes. Plutarco dedica su tra-

organizaban la cristiandad en un poderoso cuerpo para la unidad del dogma y la disciplina, muchos de aquellos á quienes se enseñaba que el cuerpo es la prisión del alma y que la vida contemplativa es el ideal de la perfección, habían huído á la soledad para precipitar allí su unión con Dios por medio de las maceraciones del espíritu y de la carne. Diariamente oían los fieles maldiciones contra la carne y la glorificación de la vida ascética, y á esta vía impulsaban á las almas todos los Padres del siglo IV: Basilio, Efrén y Jerónimo con su instrucción y ejemplo; Gregorio Nacianceno con sus versos y discursos; Ambrosio y San Jerónimo con sus libros y sus cartas sobre los méritos de la virginidad; Atanasio con el carácter que dió á sus monjes en su lucha contra tres emperadores (5). Para él, los solitarios de la Tebaida eran el verdadero pueblo de Dios. Cuando contempla sus monasterios dispersos en las montañas, poseído del entusiasmo de Balaam, exclama: «¡Cuán bellas son tus moradas, oh Jacob, y cuán graciosas tus tiendas, oh Israel!»

«Gocen otros á su sabor la existencia, exclama Gregorio de Nacianzo; yo diré: — ¡Ah! ¡qué larga es la vida! ¿Hasta cuándo estaré envuelto en este fango? He recorrido con el pensamiento los nuevos tiempos y por donde quiera he encontrado que no hay nada más despreciable que el hombre.»

Y San Jerónimo escribía á Heliodoro llamándolo al desierto: «¿Qué haces en la casa paterna, soldado degenerado? Desde lo alto de los cielos ha sonado la trompeta. Si tu padre se tiende á través de la puerta para retenerte, pasa por encima de tu padre.»

Hilario de Poitiers hace más, pues sacrifica una hija suya á la nueva idea. A fin de desviarla de un casamiento que ofrecía todas las conveniencias del mundo, le escribe una carta en que el amor paternal oculta bajo flores la severidad del obispo. No quiere para su Abra más que el Esposo divino, «ese joven de maravillosa hermosura, más rico que todos los ricos de la tierra; que promete á su amada vestidura milagrosa, con la cual no se conocen la enfermedad, la vejez ni la muerte.»

San Jerónimo no quiere que sus penitentes predilectas tengan corazón de madre. Paula abandona á sus hijos por la soledad, y cuando á la muerte de Blesila, su hija, llora sobre la niña que había abandonado, le dice el santo duramente: «Ese dolor contrasta á Jesús;» y le pone por modelo á Santa Melaina, que habiendo perdido en un mismo día á

tado sobre Isis y Osiris á una virgen consagrada. Un monumento jeroglífico del Louvre menciona á una abadesa de las reclusas de Ammón, y una feliz casualidad nos ha conservado los anatemas pronunciados por una piadosa egipcia contra su hijo, que había abrazado el cristianismo (Reville: *Cours de langue égyptique*, p. 31). En fin, el paganismo tenía también mujeres letradas que honraban la filosofía y practicaban la virtud. Las más célebres son: Hipatia de Alejandría, su émula Asclepigenia de Atenas, Edesia, Sosipatra, de quien dice Eunapo que era docta, rica y hermosa, etc. Sobre los monjes de Egipto y sus milagros, véase Sócrates, *Hist. eccl.*, IV, 23.

(5) Sin embargo, este grande amigo de los monjes siente un egoísmo particular que se oculta á veces en el fondo de esta piedad solitaria. «¿Qué responderás, dice á uno de ellos que rehusaba los deberes del episcopado, si dejas á los pueblos sin el pan de vida de que tú solo te sustentas?» (*Carta á Draconcio*.) Su *Vida de San Antonio* hizo la celebridad legendaria de este curioso personaje, que era muy ignorante, pero tenía la doble vista de los alucinados. Atanasio no se atreve á hablar en su nombre de las cosas maravillosas ó terribles que pasaban en la celda del anacoreta y hace que el mismo santo varón refiera á los monjes reunidos sus luchas con Satanás ó sus visiones por demás halagüeñas y encantadoras. Estas turban también en las soledades de la Palestina el espíritu más firme de San Jerónimo, porque son la venganza del cuerpo contra el alma, que le desprecia y le impone sacrificios que la naturaleza no quiere y la carne rechaza.

su marido y á sus dos hijos, no derrama una lágrima y sonríe á los pies de Cristo diciendo: «Ahora estaré más libre para servir al Señor.» Fe ardiente y salvaje, que si merece el cielo, perdería seguramente la tierra.

Desde el tiempo de Aureliano se había retirado Antonio al desierto, pero no había sido más que un simple anacoreta: Hilarión, Pacomio, Macario, San Basilio, etc., organizaron la vida cenobítica, y Martín, legionario de Constancio, fundó en Galia el primer monasterio (1).

Otras religiones conocieron también este espíritu de abnegación y aislamiento, pero sólo el cristianismo hizo de él uno de los elementos de su poder. En los monasterios fué donde formó su más útil milicia, la que á menudo le prestó servicios tremendos, pero también la que en ciertas épocas roturó la tierra y la ciencia, y en todos tiempos abrió seguros refugios donde las almas nobles se sintieron más cerca de Dios y donde otras encontraron un sepulcro en vida para ocultar en él su corazón, roto por el dolor ó la pasión.

Hacia fines del siglo IV sólo Egipto tenía de siete á ocho mil monjes. ¡Cuántos otros no habría en Palestina, en Siria, en el Asia Menor, la Armenia y el Africa! «Las ciudades se despoblaban para poblar el desierto (2).» Estos monjes tenían austeras virtudes, á veces vicios, que San Efrén les reprende, y extravagancias ó rarezas de traje, de lenguaje y de conducta que repugnaba San Jerónimo (3), pero que el pueblo tenía por señales de santidad. La pobreza voluntaria, hora se muestre en los discípulos de Budha, hora en los de San Francisco, gana siempre el corazón de las multitudes, que admiran esa glorificación del desprecio de bienes que no pueden gozar ellas, y las mortificaciones de los monjes parecen entonces en ellos un testimonio del poder del espíritu divino, al mismo tiempo que una expiación de la corrupción del siglo, que no corrigen.

Así, pues, tenían grande popularidad: para sus superio-

(1) San Basilio prefería resultamente para los monjes la vida en comunidad á la vida eremítica ó solitaria. Su regla repartía el tiempo entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Sus monjes ayudaban al clero secular en la predicación y en sus monasterios encontraban siempre asistencia los caminantes y los pobres.

(2) San Agustín, que con sus discursos propagó la orden monástica en Africa, muestra en su tratado *Sobre las costumbres de la Iglesia católica*, el gran número de comunidades religiosas que se habían establecido en todo el mundo romano. Así, los emperadores se inquietaron desde muy temprano ante aquella deserción de la vida social (*Cod. Teod.*, XII, 1, 63, anno 365). Véanse también los muy curiosos cánones del concilio de Gangres, celebrado en 376, los cuales son en su mayor parte una expresa condenación de los excesos de la vida ascética y del abandono de los deberes de la familia.

(3) Sus cartas á Eustoquio, al monje Rústico y otros, son severas para los vicios monacales, glotonería y lubricidad; pero en muchas otras, celebra los méritos de la vida solitaria. La Iglesia de Africa hubo de sufrir turbaciones á causa de las disputas que ocasionaban la ociosidad ó trabajo de los solitarios y la vagabundería de los monjes ambulantes. San Agustín, en su tratado de *Opere monachorum* y en sus *Enarraciones in psalmum 132*, vitupera esta piadosa pereza; á instancias del obispo de Cartago escribe contra «los hipócritas que, con hábito de monjes, recorren las provincias, llevando supuestas reliquias, amuletos y preservativos, y exigiendo que la limosna subvenga á su lucrativa pobreza y recompense su falsa virtud.» Uno de sus correspondientes, el tribuno Marcelino, le objetaba que, enseñando el cristianismo que se devuelva bien por mal y que se dé también la túnica al que se lleva nuestra capa, profesaba una moral contraria á la ley civil. Este era ya el raciocinio de Bayle sosteniendo que verdaderos cristianos no formarían un Estado que pudiera subsistir. Verdad es que un anacoreta no es un ciudadano y se sustrae á los fines de la sociedad. Pero el espíritu humano tiene felices inconsecuencias. Cristianos han hecho tan buenos ciudadanos y tan valerosos soldados como un Estado puede desear, y los consejos de abnegación serán siempre útiles, aunque el precepto de presentar la mejilla izquierda al que nos hiere la derecha no haya suprimido la guerra como la prohibición del préstamo á interés no ha suprimido el comercio.

res, para sus obispos, eran discretos y preciosos mensajeros; para los fieles, en días de agitación, ardientes auxiliares contra los paganos y los sectarios.

«Sin los monjes, dice Sozómenes, el mundo hubiera permanecido arriano: un día, quinientos de ellos, llamados á Alejandría por el arzobispo, por poco no matan al prefecto de Egipto.» El ayuno, el éxtasis, las visiones, les daban una credulidad tan ingenua como fuerte, y la Iglesia parecía encontrar en sus celdas la virtud del milagro, que no se veía ya en el clero secular, ahora que vivía á la clara luz.

Pero de todos estos adversarios los más temibles eran el nuevo ideal de esperanza para el cielo, de caridad sobre la tierra, con que el cristianismo había sustituido el antiguo ideal de absoluta abnegación á la patria terrena, y esa disciplina de la Iglesia, que por medio de los sacramentos domina al fiel en los principales momentos de su vida. Cuando las ciudades habían perdido hasta la sombra de sus antiguos privilegios, otra libertad, la de elegir los superiores religiosos y discutir sus creencias, se había producido en el seno de las comunidades cristianas y en los concilios: los pueblos habían encontrado en la religión parte de lo que les había quitado la política, y el episcopado había devuelto á las familias ilustres la influencia de que carecían de mucho tiempo atrás (4).

Por esta parte se explica también el poder de aquella Iglesia, que democrática en su base y aristocrática en sus cimas, reunía en su mano las verdaderas fuerzas sociales.

Hay que considerar también que no era distraída de su obra religiosa por las patrióticas preocupaciones que habían constituido la vida de la antigua sociedad romana. San Basilio escribía: «Los solitarios me han hecho ver cómo el hombre puede ser extraño á las cosas de aquí abajo y vivir en el cielo.» Y en otro lugar: «No hay que dejar en el alma ninguna afección de la tierra.»

Cuando el imperio parezca derrumbarse sobre las cabezas de sus habitantes; cuando el ejército romano sea exterminado, y un emperador quemado vivo, y se cubran de sangre y ruinas las provincias, este obispo no verá nada, no oír nada de las calamidades públicas: en sus innumerables obras no se encuentra una palabra que nazca de un corazón de ciudadano. Este concepto de la vida estaba en contradicción absoluta con las ideas y los sentimientos que habían hecho la grandeza de Grecia y de Roma, pero dejaba el espíritu libre para la propaganda religiosa y para las contiendas dogmáticas. Juliano no tenía esta libertad. Si piensa demasiado en el Rey Sol, debe pensar también en los francos, en los godos, en los persas y en la administración de un inmenso imperio. Así, pues, será incapaz de luchar contra una fe tan ardiente en favor del paganismo que procura renovar, dándole un carácter que, no derivándose del principio pagano, no podía durar ni menos extenderse.

III.—JULIANO EN ANTIOQUIA (julio 362—marzo 363). LA GUERRA DE PERSIA: MUERTE DE JULIANO

Juliano permaneció hasta junio de 362 en Constantinopla, de donde partió para preparar una grande expedición contra Persia. Atravesó lentamente el Asia Menor, por Nicomedia, recién destruída por un terremoto, cuyo desastre

(4) Antes de ser obispos, Ambrosio había sido gobernador de provincia; Paulino de Nola, cónsul; Nectario, pretor; Sinesio, el más rico ciudadano de Cirenáica, etc. En cuanto á la participación del pueblo en las elecciones episcopales, se hace constar á cada instante en el siglo IV. Pero se prueba también la tendencia de los grandes obispos á reducir lo posible el derecho popular. Basilio y el Nacianceno que-